

de Eugenesia, cuyo presidente es el doctor Kehl); *Política eugenésica* (todo un programa de medidas eugenésico-sociales que incluye seguros de la paternidad y de la maternidad, bolsas matrimoniales, impuesto sobre los solteros, examen prenupcial obligatorio y esterilización de los inaptos para la buena procreación, impuestos más moderados sobre las familias sanas y productivas, impuestos elevados sobre la herencia para las fortunas superiores a 50,000 dólares, propagación de la migración a los campos, combate a los latifundios y división de las tierras como propiedades definitivas y hereditarias subordinadas al número de hijos capaces, campaña de educación para la creación de la conciencia eugenésica, etc., etc.); *El médico y las nuevas responsabilidades bio-sociales*, etc.

M. A. ZEITLIN,  
*Universidad de California,*  
*Los Angeles.*

TOMÁS RUEDA VARGAS, *Lentus in umbra*.—Bogotá, 1940.

*Lentus in umbra* es el título de un libro que ha venido a enriquecer las letras colombianas. Lento, sosegado en la sombra, como el pastor virgiliano, ha ido escribiendo su autor los diversos ensayos y artículos que contiene esta selección, en los que se estudian temas de la actual cultura, se evocan memorias del tiempo viejo o se bosquejan figuras y escenas de la historia patria. Todo ello con la difícil facilidad, con amena sabiduría, con arte natural, velando con la gracia espontánea, la hondura del pensar y la intensidad del sentir. "Tu, Tityre, *lentus in umbra*". . .

"Dijo el muchacho que se llama Tomás Rueda, de donde infirieron sus amos, por el nombre y por el vestido, que debía ser hijo de un labrador pobre".

Con esta cita de Cervantes, en *El Licenciado Vidriera*, abre ahora don Tomás Rueda Vargas su nuevo libro. Habría que ver la sonrisa, entre intencionada y candorosa, con que don Tomás transcribió sin duda ese texto en la primera página de este volumen.

Con su chaleco de punto, su *ruana* y sus botas de campo, quedó encantado, seguramente, al mirarse en ese espejo de la cita cervantina y hallarse caracterizado de pobre labrador. Vástago ilustre de una estirpe de hidalgos, don Tomás se complace en sentirse campesino, como se deleita en esconder toda una vida de estudio al repetir en este libro que él no es doctor, ni bachiller, ni cosa que lo valga.

Si yo tuviera que poner un ejemplo de hombre culto, es probable que contestase: Tomás Rueda Vargas. Culto, precisamente porque no pregona su cultura; culto, justamente porque no es pedante; culto, cabalmente porque goza en la vida campesina y sabe volver a la naturaleza.

Modificando una definición leída no sé dónde, yo aventuraría esta fórmula, bastante arbitraria: Hombre culto es aquel que, si no ha estado nunca en París, no se conoce que no ha estado, y si ha estado en París, no se conoce que ha estado.

Si don Tomás no hubiera viajado por el mundo, no se le conocería, porque, hombre de vida interior, ha sabido dar a su espíritu toda la finura que hubieran podido prestarle las grandes urbes cosmopolitas. Pero él ha viajado, y en uno de los artículos de este libro muestra cómo ha apreciado y gustado lo que es en Francia el culto por la inteligencia y el sentido artístico, y no se le conoce que ha estado, como de sobras se les conoce a cuantos mediocres espíritus cruzaron los puentes del Sena.

Varios de los trabajos reunidos en este volumen están dedicados a cuestiones culturales y aun a problemas estrictamente didácticos. Don Tomás, que se horrorizaría si le llamáramos pedagogo, fué siempre un gran maestro. El lector de su libro aprende en cada página sin fatiga y con deleite. No se da importancia al autor; pero enseña cosas que son la última palabra de la cultura actual. Citemos, como muestra, ese artículo que empieza jovialmente: "Yo no sé latín"... y donde se estudia con singular acierto la cuestión de las humanidades, apuntando la necesidad de una educación humanista, esto es: desinteresada formación de la mente y noble disciplina del carácter, que se basara en las matemáticas, en las ciencias naturales y en la historia; educación humanista diferente pero no inferior a la que también puede lograrse fundándola, como tradicionalmente se ha hecho, en el estudio de las lenguas clásicas.

La naturaleza y la historia son las dos columnas de la verdadera cultura y son también los dos temas que constantemente reaparecen en la obra total de Rueda Vargas. El primero culminó en *La Sabana de Bogotá* (1926); el segundo en sus *Visiones de historia colombiana* (1933). Difícil será decir en cuál de los dos puso más amor, si en la pintura de la tierra natal, o en la evocación de los héroes de la patria.

Esos dos temas se entrecruzan también en el nuevo libro. En él la cultura del autor es tan exquisita que se confunde con la pura espontaneidad, y tan fino el sentimiento que toma la forma del humorismo.

Cultura no es la fatuidad del saber, ni la avaricia de la erudición. Cultura es, esencialmente, cultivo, desarrollo de la propia personalidad. Y contados escritores tendrán un estilo tan personal, y, por ello, tan original, en su desnuda sencillez, como don Tomás Rueda Vargas.

... "Pero sí puedo hacer lo que hago siempre: decir lo que siento, poner en el papel lo que ven mis ojos". Así, en uno de sus artículos, nos revela el autor de *Lentus in umbra* el secreto de su arte literario. Decir lo que se siente, escribir lo que se ve, parece la primera lección y es la última y más difícil a que llega el escritor.

El estilo de Rueda Vargas es llano, castizo, sobrio. "Retorno a la sobriedad" se titula un capítulo de su libro. Un arquitecto, a quien le censuraban por la excesiva ornamentación de una fachada, alegó esta

excusa sutil: "No he tenido tiempo de hacerla más sencilla". Hace falta mucho saber y mucho valer para retornar a la sobriedad.

Tomás Rueda Vargas escribe con tanta naturalidad como si hablase. Pocos hombres habrá que aprecien y cultiven como él la buena conversación. La cultura nació del coloquio. En este mismo libro deplora don Tomás que, en estos tiempos, en los que "el *golf* impone el silencio, y el *bridge* es un juego de cartujos", ha desaparecido casi la "visita", cuyo encanto era el diálogo. Dialogar parece nada, pero es el privilegio de la humanidad.

Admirable conversador es don Tomás. Como tal se nos aparece cuando en la sala de la Biblioteca Nacional platica con sus innumerables visitantes—porque allí sé que no se abolieron las visitas—, aconseja a unos, anima a otros, ilustra a todos. En el despacho de la Biblioteca está don Tomás tan en su sitio como en sus prados de Usaquén.

Ese despacho de la Dirección de la Biblioteca tiene toda su pared del norte formada por una amplísima vidriera. "A través de la vidriera" se llama uno de los más hermosos artículos de su libro, en el que Rueda Vargas nos cuenta cómo, de niño, se pasaba las horas mirando a la calle por la ventana de la grande alcoba materna, pegada la cara a los vidrios.

Ahora, lo mismo que antaño—por fortuna, aquel niño no ha muerto en el corazón de don Tomás...—cuando los visitantes lo dejan solo, apoya la frente en la nueva vidriera y contempla el parque vecino, los árboles frondosos, los transeúntes que divagan, las nubes que pasan allá, a lo lejos, en la dirección de la Sabana. Cae la tarde, y don Tomás, que terminó ya sus conversaciones, continúa mirando, y mientras contempla ese pedazo de mundo, prosigue el diálogo consigo mismo... Va oscureciendo, y de ese mudo diálogo, de aquella silenciosa contemplación, brotan algunos altos pensamientos, ciertas bellas imágenes y visiones que un día habrán de pasar a las páginas impresas... "*Lentus in umbra*"...

LUIS DE ZULUETA,  
Bogotá.

La reseña sobre *La estética y su método dialéctico*, de Adolfo Menéndez Samará, que apareció en el número 3 con el nombre de John A. Crow, estaba firmada por Ernest R. Moore.

